

Palabras de agradecimiento de don Víctor García de la Concha

Un viejo dicho castellano afirma que “La palabra es corta cuando el agradecimiento es largo”. Con la pena de no poder estar presente en el Congreso, solo viene a mis labios esta palabra: Gracias. Muchas gracias al Gobierno de la República Argentina, que ha tomado la iniciativa de este homenaje, a la RAE y la ASALE, y al IC que lo han hecho propio. Gracias, también, a quienes con vuestra presencia os sumáis a un acto que, en definitiva, rinde homenaje al servicio a nuestra lengua.

Soy uno de tantísimos españoles que tienen una relación de tradición familiar con América: cinco hermanos de mi madre emigraron, en efecto, a México. Profesional del estudio de las Letras, América se me ha hecho familiar a través de sus novelistas y, sobre todo, de sus poetas. Pero debo confesar que mi relación con América cambió el 4 de Diciembre de 1988. La tarde anterior, mis compañeros me habían elegido Director de la RAE y, por ello, Presidente de la ASALE. A las nueve de la mañana sonó el teléfono y quedé atónito al escuchar la voz de S.M. el Rey don Juan Carlos, alto patrono constitucional de la Academia, que me felicitaba por el nombramiento y me convocaba para verme cuanto antes. “Te he llamado para decirte que tienes que dedicarte en cuerpo y alma a América. Tenemos que lograr que las veintidós Academias americanas formen con la Española una sola Academia al servicio de la unidad y la promoción del español. Yo te ayudaré”.

Así lo hizo las 54 veces que crucé el Atlántico para visitar de ordinario en cada viaje las Academias de tres países. Comencé por Chile como homenaje a la gran figura de don Andrés Bello, defensor de la unidad del idioma en el difícil trance de la independencia. En el aula de la Universidad Nacional que lleva su nombre presenté la nueva edición de La Ortografía de la RAE, que por primera vez llevaba en su contraportada los nombres de todas las Academias americanas. Allí quedó acuñado el calificativo de nuestra empresa: sería una política lingüística panhispánica.

En la Academia Argentina de Letras me esperaba la gran lingüista Ofelia Kovacci, a quien acompañaba el actual director, José Luis Moure. “¿Cómo es posible –me dijeron- que la Gramática de la RAE no recoja algo tan argentino como el voseo?”.

Respondí sin titubear: “Si trabajamos juntos, lo solucionaremos de inmediato”. “La norma del español es policéntrica”, añadió Moure. No sabía que estaba acuñando el término de lo que hoy es un punto de partida en nuestra tarea... y la Academia Argentina de Letras, que hasta entonces figuraba solo como “Asociada a la española”, pasó a ser Correspondiente, es decir, que todos sus miembros forman parte de ella.

No faltaron en la última etapa en México reproches a la citada edición de la Ortografía y quejas porque casi 5.000 mejicanismos llevaban demasiado tiempo esperando la entrada en el Diccionario de la RAE. Pero también allí, en un Pleno académico, distendido y sincero, y en una cena posterior con el Presidente de México Ernesto Zedillo, promotor de estos Congresos, se multiplicaron los acuerdos interacadémicos.

Regresé a España convencido de que la iniciativa de la Corona respondía, en realidad, a un clamor general de América. Trabajar unidos y en pie de igualdad era la consigna. Más de quinientos académicos pusimos manos a la obra, y en doce años rehicimos los grandes códigos que rigen la norma de corrección de la Lengua: la Gramática, con la Fonética (con todos los sonidos del español), y la Ortografía. Cuando en un congreso de Academias celebrado en Medellín bajo la presidencia del Rey, se aprobó la Nueva Gramática, que por primera vez lo era del español total, uno de los Rectores de las Universidades americanas que celebraban una reunión paralela convocada por el IC, preguntó a don Juan Carlos: “Señor, ¿conoce alguna reunión política americana en la que los representantes de veinte países voten por unanimidad un asunto?”. “No, respondió. Pero esto indica lo que una lengua única puede ayudar a la fraternidad de los pueblos”.

En 1960 todos los gobiernos de la Comunidad iberoamericana de naciones habían suscrito en Bogotá un convenio comprometiéndose cada uno a dotar a su Academia de una sede digna y de un presupuesto anual que facilitara el trabajo. Comprobar su cumplimiento fue la segunda encomienda que me correspondía afrontar. Se construyeron nuevas sedes – El Salvador, Honduras-, se remodelaron otras y se rescató alguna, como la cubana, donde la propuesta de la Academia-reforzada por Eusebio Leal y el ministro de Cultura- dio pie a mi petición formal: “Comandante, si la Casa de Dulce María Loynaz que fue sede de la Academia tan

prestigiosa...". "Tiene usted mi palabra, Palabra de gallego": Fue, desde luego, cumplida.

Al terminar mi tercer mandato cuatrienal estaba convencido de que me había llegado el tiempo del reposo del guerrero. Lo disfruté, sin embargo, poco tiempo. El Gobierno de España me llamó para dirigir el IC. "-Yo sólo sé un poco de América", alegué. "Para eso te llamamos, para ibeoamericanizar el Cervantes". Eran años económicamente difíciles. Pero sabía que la Corona –los Príncipes de Asturias, hoy nuestros Reyes- eran grandes valedores del Instituto, cuyos centros dispersos por el mundo visitaban con frecuencia.

No me equivocaba. Por iniciativa de México, con su UNAM, la UBA, la USAL y el Cervantes a la cabeza creamos un nuevo Sistema Internacional de Evaluación de la Lengua Española (SIELE), de realización íntegramente digital y cuya aprobación, respaldada por 60 Universidades iberoamericanas, presidieron los Príncipes en el Colegio de San Ildefonso de México. Con la mirada puesta en los Estados Unidos, pensamos que el IC debía estar en la Universidad de Harvard. No era tarea fácil. Tras múltiples gestiones, llegué a la Decana de Humanidades, la profesora germanoargentina, Diana Sorensen. Multiplicamos los informes y se sucedieron los exámenes. Parecía que no iba a ser posible. Pero un día el entonces Príncipe de Asturias llegó allí a pronunciar en la prestigiosísima Kennedy School of Government una conferencia de título muy sugerente: "España, un país americano". Al día siguiente me llamó la Decana: "El Príncipe nos ha convencido. ¿Qué te parece si situamos la oficina del IC cerca de la Biblioteca Central?" Allí está, en efecto, el Observatorio del Español en EE.UU.

Al terminar mi compromiso de dirección en el I.C. se volvió a repetir la escena del 4 de Diciembre de 1988. Sonó el teléfono y era el rey don Juan Carlos quien me hablaba para decirme que me concedía la Insigne Orden del Toisón de Oro. Me quedé literalmente sin palabras. En ella figuran fundamentalmente personas de la Realeza, Jefes de Gobierno o personalidades que han prestado un servicio especial a España. Calificada como la más ilustre y gloriosa de Europa, me enteré después que el Emperador Carlos había hecho merced del Toisón a los descendientes del último Inca, Gonzalo Uchú Huadpa y Felipe Inca Yupanqui. El Toisón era también americano.

Comprendí entoces que, en realidad, en mi persona se le otorgaba el Toisón a todas las Academias de la Lengua Española, por la tarea realizada. Pedí por ello a Mario Vargas Llosa y a Humberto López Morales, secretario de ASALE, que me acompañaran con mi familia a recogerlo. Y al hacerlo expresé que cada eslabón del gran collar- una preciosa joya de siglos- correspondía a una Academia, y el collar, a la ASALE.

Sí. Como decía al comienzo de mis palabras, este acto, bajo capa de un homenaje personal es un homenaje que se rinde a quienes de manera callada trabajan al servicio de la más hermosa lengua: española y americana. Para un profesor emérito de la Universidad de Salamanca, matriz legal y organizativa de la de Córdoba, pocas cosas pueden ser más honrosas que recibir la primera medalla del Congreso. Una medalla, además, que lleva la efigie de Elio Antonio de Nebrija, el catedrático de Salamanca, que ofreció a la Reina católica la primera Gramática sobre la Lengua Castellana, inspirada en sus Institutiones latinae, la obra que todos los misioneros que evangelizaron América llevaban en su zurrón y servía de base para redactar los cientos de escritos en las lenguas indígenas, ese gran legado de impagable valor que la España americana ha hecho a la cultura universal.

Por ello y por cuanto significa, gracias, pues, a todos, muchas gracias.

Córdoba, 27 de Marzo de 2019